

en Corteolana, cerca del Po. No se encontrarían fuera de Italia de una época tan remota.

Los vidrios de colores se perfeccionaron por los bizantinos, cuando hubo exigido la nueva arquitectura el empleo de los vidrios para cerrar las ventanas. Las obras de metales preciosos, en el género de aquellas que se conservan en el tesoro de Monza, y la habilidad atribuida á San Eloy de Paris, en platería, son una prueba de que aquellas artes no se habían perdido; sin embargo, las monedas de aquella época son toscas en extremo.

Hablan las crónicas comunmente de pinturas.

Gregorio Magno vió representado un sacrificio de Abraham, tan al vivo (*tan efficaciter*), que no pudo contener sus lágrimas; refiere Gregorio de Tours que, habiendo hecho construir la mujer del obispo Numancio, en los arrabales de Autun, la iglesia de San Estéban, quiso que se adornara con pinturas, indicando á los pintores los asuntos que debían representar sobre las paredes, según un libro que llevaba y donde se leían los hechos antiguos. Pintó Metodio, en el mismo siglo, un juicio final, cuya vista convirtió á Bogoris, rey de los búlgaros; efecto que nunca produjo el de Miguel Angel.

EPÍLOGO

Este período es tal vez de todas las épocas históricas el más pobre en documentos; porque después de Procopio apenas se puede citar á Agatias; después de Pablo el Diácono al anónimo de Valois; á Fredegario, después de Gregorio de Tours, y luego se encuentra uno reducido á conjeturas hasta Carlomagno, apoyándose en un pequeño número de cartas monásticas, algunas vidas de santos y las recopilaciones de leyes.

Pero bastan estos datos para presentarla como una edad de confusion, habiéndose destruido el antiguo edificio y no habiendo sentado aun los cimientos del nuevo.

El Estado, que todavía usurpaba en Oriente el título de imperio romano, cadáver vestido de púrpura, se sostenía por la admirable situación de su metrópoli y por la tradición de las antiguas instituciones; circunstancias á que debió el luchar algunas veces con fortuna contra los bárbaros y los persas. Hizo el mayor esfuerzo de que dieron muestra los romanos para reconstituir la unidad por medio de un código; pero ¿cómo había de conseguir su objeto, cuando él mismo se encontraba destrozado por discordias intentinas y herejías? No eran aquellos los encarnizados combates de la plebe contra el patriciado, ó del municipio contra el feudatario, sino pequeñas facciones en favor ó en contra de los conductores de carros ó de intrigantes eunucos. No se trata de los escrúpulos de conciencias graves, ávidos de verdad y de luces, y dignos, por lo tanto, de respeto, aun en sus mismos yerros, sino de una intemperancia de dialéctica que no se ocupaba ni aun de los dogmas fundamentales, sino de censurar puntos de poca importancia, sin solución posible ni útil aplicación. Hallábase tan arraigada aquella manía, que acabó por engendrar un cisma, emanado más bien de

meros accidentes que de la esencia del cristianismo.

En vez de aquella monarquía atacada de marasmo, obran y se desarrollan en nuestras comarcas cien pequeñas naciones distintas en lenguaje, en costumbres y en civilización, sin otro lazo, que entre sí las una, más que el del general é indefinible sentimiento de sustituir á lo pasado. Cesa, en fin, con los longobardos la afluencia de los pueblos germanos, que comenzó antes de la era cristiana. Establecidos ya aquellos pueblos, se arraigan en él y miran como invasores á los normandos, á los sarracenos y á los húngaros, que los inquietan con sus incursiones.

La primitiva sociedad germana queda, empero, disuelta desde que la banda guerrera pierde la igualdad, base principal de su carácter. Sostiénese el predominio del hombre armado sobre las gildas de los bárbaros y sobre los antiguos poseedores del terreno, reducidos á colonos ó siervos. Los invasores eran una mezcla de bueno y de malo, de debilidad y de poder, de sentimientos en apariencia contradictorios, porque lo que tenían de natural se alteró demasiado con la expatriación, y las cualidades de los vencidos no se acomodaban á la naturaleza de los vencedores. Influyeron en el mundo romano con su presencia, pero más aún con las instituciones que le llevaron, aunque éstas se modificasen en virtud de sus relaciones con naciones sometidas.

Al paso que en Roma se sacrifica todo al Estado, introducen los germanos el sentimiento de la libertad individual, según la cual no hace el hombre sino aquello que él mismo ha deliberado y resuelto. La facultad de obrar cada uno según su voluntad, en tanto que por esto no resultase perjuicio á otro, era enteramente desconocido de las antiguas so-

ciudades, en las que el jefe ó los gobernantes podían, á su antojo, coartar la libertad de los particulares y en donde la autoridad pública disponía legítimamente de todo y sacrificaba el hombre al ciudadano. Así pues, de los conquistadores emanó el principal elemento de la civilización moderna y de los verdaderos progresos, que se extienden desde el trono hasta las paredes del hogar doméstico.

El nombre de romano, que significaba en otro tiempo dominador del mundo, se aplica en adelante como un oprobio á la nación dominada. No obstante, la sociedad romana que hemos visto disolverse en el siglo precedente, revive, por decirlo así, después de haber sido vencida y se abre un camino corrigiendo y trasformando á los vencedores: conserva en algunos lugares las instituciones municipales, en todas partes el recuerdo de la antigua legislación, y una literatura que hace adoptar á los conquistadores á quienes presta su lenguaje para redactar sus leyes.

La sociedad cristiana contribuye sobre todo á esta obra. En el momento en que se descompone el imperio romano, ella consolida su unidad y permanece independiente de los tiempos, de los lugares y de los vencedores, puesto que tiene por base, no las cosas accidentales, sino la perpetuidad de las ideas. La oleada de los bárbaros destruye los palacios, pero se detiene al pie de la cruz. Mientras que la invasión se adelanta desde el Norte al Mediodía, procede la conversión en sentido opuesto: la una infiltra nueva sangre en la agotada sociedad, la otra corrige; la una marcha rápida é impelida con fuerza, los progresos de la segunda son lentos pero seguros. Introduce el cristianismo en la sociedad ideas de orden y de paz, predica la caridad, el pudor, el deber, la lealtad y el sacrificio generoso; aprende uno de él á sostener dignamente sus opiniones, en la persuasión de que ninguna autoridad de la tierra puede violentar las conciencias; á no sacrificar á los vencidos, y á no robarles los derechos de la humanidad: seguros desde entonces de ser respetados y de gozar de la libertad personal, resisten con menos encarnizamiento, y las guerras pierden su antigua ferocidad.

Cuando todas las demás sociedades sucumbían, sentíanse dispuestos los pueblos á fijar su atención en la única que subsistía y que era la verdadera, la sociedad de las inteligencias. Antes de la invasión, sin cohesión ni enlace la Iglesia en el interior, tenía poco poder fuera y no ejercía una acción directa más que dentro del recinto de la ciudad, rigiéndose todo lo demás por el mecanismo antiguo. Cuando éste llega á romperse, se borran los límites entre el poder espiritual y el poder temporal, se cruzan, se tropiezan, se corrijen, y comienzan aquella lucha entre sí que imprimió un inmenso movimiento á la sociedad. Desde luego los papas reunen en Jesucristo á vencedores y vencidos, principio de asimilación moral, para ser en seguida, después de Carlomagno, principio de equili-

brio político; son custodios de la justicia social, al mismo tiempo que representan la unión de los pueblos conquistados contra los conquistadores.

Cuando el desaliento se apoderó de los ánimos, los seculares abandonan todo cuidado de los negocios públicos, ó son excluidos de éstos por el desden del vencedor; entonces el obispo y el sacerdote se encargan en su lugar de esta carga. En el fervor de una misión aun nueva, se apoderan de todo lo que es abandonado por los demás; la más legítima usurpación de todas, influencia moral, fundada únicamente sobre la convicción, sobre la gratitud y el sentimiento; único dique contra el torrente de la fuerza material, á la cual opone la idea de una regla, de una ley superior á las leyes humanas, y que preserva la libertad de conciencia de todo ataque dado ya con ayuda de sordas emboscadas, ya con violencia declarada.

Pero la misma Iglesia no tiene una fuerza exterior suficiente para dirigir el mundo; y será preciso mucho tiempo antes de que los elementos confundidos encuentren su lugar, antes de que se coordinen con el único principio especial que solo debe conducirles á la madurez. Entre tanto, la monarquía, la teocracia, la democracia aparecen una al lado de otra, obrando cada cual aisladamente y con toda la energía de fuerzas sin trabas, hasta el punto de poder hacer que se crea por quien no considera más que una de ellas, que es la única que domina; prueba de que todas subsistían á un mismo tiempo. La monarquía de los bárbaros propende á imitar la de los romanos, y á recoger, al menos poco á poco, la sucesión imperial; procuran formar los propietarios una aristocracia territorial, el clero participa de ésta y se acerca á aquella; y aunque de tales sociedades, ninguna conoció quizá, ni confesó ciertamente, el fin á donde se dirigía, cada cual era arrastrado, sin embargo, hácia él por la fuerza de las cosas.

De aquí el modo de proceder confusamente, que mejor debería llamarse violencia inconsiderada; de aquí también una mezcla de todos los elementos: gobierno municipal, eclesiástico, germánico; de leyes romanas, canónicas, longobardas, francas, borgoñonas; códigos nuevos ensayando someter la sociedad á principios generales; y razas, lenguas, condiciones, usos, ideas, moral, todo es diferente. El nómada busca un establecimiento y propiedades; el bárbaro aspira á despojarse en algo de su tosquedad; el vencido á recobrar algún derecho; la Iglesia se coloca al lado del poder soberano, que obra sobre ella hasta confundir el beneficio con el feudo, el báculo con la espada; el esclavo propende á trasformarse en villano; el leudo á libertarse de los lazos que le unen al patrono; las propiedades libres se convierten en beneficios, y los beneficios personales adquieren el carácter hereditario, el patrono quiere elevarse á la categoría de señor, el capitán hacerse propietario y luego príncipe; y no bastando el primado entre los pares se trata de trasformarlo en reino. La diferencia de nación no basta á pro-

teger las fronteras de los reinos, porque las tierras de los francos se encuentran amenazadas por los turingios, los daneses y los sajones; las de los longobardos, por los francos; las de los germanos, por los eslavos. La fuerza no templada aun por las costumbres cree poder atreverse á todo; pero un límite de verdad, de justicia y de caridad, se encuentra allí dispuesto para contenerla.

De este estado de cosas nacen días desgraciados en los que el individuo padece enormemente, lo mismo que en tiempo de las tiranías antiguas; y no obstante la humanidad progresaba, porque la civilización se extiende á nuevos pueblos, y nuevos elementos se introducen en su seno. Siglos deberán pasarse antes de que la noción de territorio consiga ventaja sobre la de raza; de que la legislación, que es personal, sea general; de que la aspereza bárbara se doblegue á otro freno que al de las armas; de que la familia predominante de la Edad

Media se trasformen en el Estado; de que las armas, las leyes y la administración cambien; de que la unidad nacional resucite de la lenta y laboriosa fusión de todos los elementos proporcionados por cada una de las sociedades anteriores.

Así en los lugares en que el mar de Liguria azota la deliciosa ribera del Poniente, las olas se estrellan y retroceden, pero cada una lleva allí un trozo de roca, una alga, una concha; la aglomeración de muchas prolonga la playa; el tiempo las consolida y extiende encima una lijera capa de tierra; la mano del hombre ayuda á ésta á cubrirse del fecundo mantillo; primero echan en ella raíces la pobre alga y la aguda caña, después el trigo, y por último el olivo y el naranjo, de perpétua alegría; y el hombre que establece allí su deliciosa morada, bendice á Dios, que dirige los progresos lentos, pero seguros, de la humanidad, cuya divisa es tiempo y esperanza.